

Elección de carrera

Una de las preocupaciones que más embargada debe tener la atención de los estudiantes de segunda enseñanza, es la encaminada a obtener una adecuada y acertada elección de carrera. De ella depende el mayor o menor perfeccionamiento científico del estudiante profesional. Muy crecido es el número de bachilleres, que franquean las puertas de las universidades, sin antes consultar sus capacidades, teniendo que más tarde sufrir la penosa desilusión ocasionada por el abandono de las facultades, a las que, en hora inmeditada, se lanzaron. Otros, a base de un marcado espíritu de estudio y fuerza de voluntad acerada, logran obtener el título profesional, apesar de sus reducidas capacidades para esta ciencia. Hay más, sin que se me pueda motejar de audaz concepto que aquellos estudiantes, que pasan unos cuantos años, trasegando de facultad en facultad, son elementos de quienes la patria muy poco o nada debe esperar. En cuanto a los desadaptados que obtienen un grado con estudio asiduo, no pasarán de ser unas medianías, o sujetos apropiados para engrasar ese ejército doliente de mediocridades.

No es aventurado aseverar que de allí los desencantados de la vida, los vencidos en la lucha, a pesar del título; de allí que desfilen por las universidades, parodiando la sintética expresión de Ribot, paseando su curiosidad a través de tantas materias sin alcanzar éxito feliz. Cuántas inteligencias se han paralizado por falta de orientación! Por centenares se cuentan los hombres célebres y sustantivos quienes, en las aulas de segunda enseñanza, han sabido elegir su carrera, y contra la humillante predicción de sus maestros, han descollado en una u otra forma, e inversamente, los laureados han ido mil veces a confundirse con la multitud anónima. Es preciso convencernos que ya pasó

a la historia la época en la cual la elección profesional era facultativa del padre. Vientos saludables de renovación han hecho que tal elección sea manifestada por el estudiante. Por fortuna ya es difícil encontrar en nuestra patria esos establecimientos de educación, en donde llevaban a cabo con una inimitable perfección el asesinato de la personalidad de la juventud. Es un atentado de lesa personalidad imponer profesión contraria a las aptitudes dominantes del estudiante; es una herejía pedagógica. Cada uno debe cumplir su programa.

Hoy el concepto de educación es diverso. En nuestro tiempo se piensa seriamente en que al futuro ciudadano se impone formar para sociedad. He aquí por qué la educación debe caracterizarse por un tinte eminentemente social. Un ser asocial es comparable a un monstruo porque nada comprende de las obligaciones permanentes para con la patria, para con los semejantes, además sería un individuo sin ideas ni ideales, la figura más perfecta del Sancho utilitarista y burdo.

Cuando tengamos un reducido porcentaje de fracasados y desadaptados habremos dado principio a salvar a nuestra patria de peligros presentes y a prepararle caminos de fortaleza futura. Sólo así tendremos esperanza de que en el porvenir figure una generación nueva de espíritus constructivos y organizadores, aptos para el pensamiento y el trabajo. No sigamos impasibles ante los inquietantes problemas del momento. La psicología aplicada a la orientación profesional es de vital importancia. Urge que cada estudiante al empezar su carrera se adapte a la función que le corresponde, teniendo por regla la fórmula inglesa, «the right man in the right place».

La juventud estudiosa de Colombia debe estar enterada del actual momento de transición por que atraviesa

nuestra patria. Debe convencerse que los problemas colombianos no se resuelven con desbandadas y manifiestos políticos como lo han creído un puñado de muchachos universitarios. El país necesita ciudadanos bien preparados en todas las manifestaciones de la actividad humana, que puedan dar sabia y acertada solución a los problemas que se han planteado. El medio más consciente de hacer patria grande es la conveniente elección de carrera y un más caracterizado amor al estudio. De otra manera es un imposible que de nuestras Facultades salgan jóvenes bien preparados, capaces de llevar a feliz término esta segunda transformación de nuestra vida nacional (vías de comunicación), para luego entrar con brío a la tercera (agropecuaria), y en seguida iniciar esa cuarta transformación del «encumbramiento ideológico» de que nos habla López de Mesa. Sólo llegando a esta cuarta etapa podremos entrar airosos en el consorcio universal de los pueblos cultos.

Preciso es hablar más a fondo. El despertar de las vocaciones consiste en el conjunto de fenómenos que descubren las aptitudes dominantes del estudiante. Opina Balmes que la vocación se anuncia de los 10 a los 12 años; en sentir de Nagy el interés de especialización comienza entre los 10 y 15 años; para Claparede, de los 12 a 18 años, y el bien nutrido cerebro de Víctor Mercante, opina que el período vocacional se define entre los 14 y 17 y que en este momento se origina la misión delicadísima de preparar el espíritu para el instante trascendental en que el hombre elige para resolver el problema social y económico de su vida. Ribot afirma que en el hombre hay dos períodos vocacionales: uno correspondiente a la niñez, otro a la adolescencia definido por la crisis de la pubertad. Lo más aceptable hoy es que el problema de la revelación vocacional, está fuera de la enseñanza primaria e incumbe a la secundaria. Para conjurar engaños, el ideal

sería que en nuestras escuelas y colegios se constituyesen centros donde ensayar todas las posibilidades que se agitan del escolar al hombre. Rodó aconseja como medios para despertar vocaciones y encauzarlas, los libros, los viajes y los recogimientos meditativos.

Entre nosotros, desgraciadamente, la sociedad confía en que cada cual irá instintivamente a parar al sitio que por disposiciones, capacidades o dones psicofísicos lo lleven sus deseos naturales, hecho que la realidad encárgase de desmentir con frecuencia. El interés por tal o cual orientación que pueda esbozarse en el período de la instrucción secundaria hállase influido por varias causas. A este respecto dice el renombrado pedagogo uruguayo, Clemente Estable: «Entre las circunstancias accidentales que influyen en la elección de carrera se destacan: ya la personalidad del maestro, ya el método de instrucción o bien las sugerencias de ambiente y tradiciones domésticas, todo lo cual es motivo para que la preferencia individual apenas pueda destacarse de manera espontánea». Muy laudable sería poner en todas las portadas de nuestras Facultades a manera de epitafio a las vocaciones que dislocadas mueren, «Aquí no son todos los que están, ni están todos los que son».

Desde el punto de vista social vale más un buen mecánico que un mal médico. Antes de terminar quiero transcribir las ideas a este respecto del sabio y estilista Gabriel Toro Villa: «Los fracasados por adaptación de su ser moral a la profesión que les impuso la vanidad paterna, hipertrofiada por las fáciles palmas de los actos públicos de nuestros colegios, forman la falange de mediocridades de nuestra sociedad.»

Lanzo estos conceptos para todos aquellos espíritus que sueñan con el ansia infinita de modelarse una personalidad propia y bien definida.

Bogotá, julio de 1928.

JOEL CARRILLO B.

Alumno convictor.